

La viuda valenciana

DEDICADA A LA SEÑORA MARCIA LEONARDA¹

Después que supe que vuesa merced había enviudado en tan pocos años, que aunque las partes y gracias de su marido la obligaran a sentimiento, la poca edad la escusara, [...] me determiné a dirigirle esta comedia, cuyo título es *La viuda valenciana*. [...]

Discreta fue Leonarda (así lo es vuesa merced y así se llama) en hallar remedio para su soledad, sin empeñar su honor; que como la gala del nadar es saber guardar la ropa, así también lo parece acudir a la voluntad sin faltar a la opinión². Lo más seguro es no rendirla; pero si pocos años, mucha hermosura, bizarro brío y ejercitado entendimiento, dieren tal vez oído a la lisonja de algún ocioso, no le estará mal al peligro haber leído esta fábula; [...] volvamos al consejo: que de los maduros le han de tomar los agradece³ [...] Opuestos, pues, los altos para secretos gustos, los iguales para bendiciones públicas, será fuerza que vuesa merced confusa consulte sus íntimas privanzas, si no lo fueren más sus privacio-

¹ Al dedicar explícitamente la obra a su amante Marta de Nevaes —a la que poéticamente llama Marcia Leonarda— Lope entrelaza una vez más vida y literatura .

² En el teatro del Siglo de Oro, el término se entiende como ‘opinión pública’, fama, honra, tema fundamental del teatro de la época.

³ Inmaduros, inexpertos (‘agraz’: uva verde, sin madurar).

nes⁴. Aquí es donde entre *La viuda valenciana*, espejo en que vuesa merced se tocará [...] y se acordará de mí, que se la dedico. No fue todo mentira; que si no pasó a la letra, a lo más sustancial no hice más que darle lo verosímil [...].

Estoy escribiendo a vuesa merced y pensando en lo que piensa de sí con ojos verdes, cejas y pestañas negras, y en cantidad, cabellos rizos y copiosos, boca que pone en cuidado los que la miran cuando ser ríe, manos blancas, gentileza de cuerpo y libertad de conciencia en materia de sujeción; pues la señora muerte, en figura de redentor de la Merced, la sacó [...] de un hombre⁵ que comenzaba a barbar por los ojos y acababa en los dedos de los pies. [...] él tenía el más grosero entendimiento que ha tenido celoso después que se usa estorbar mucho y regalar poco. [...] ¡Bien haya la muerte! No sé quién está mal con ella, pues lo que no pudiera remediar física humana, acabó ella en cinco días con una purga sin tiempo, dos sangrías anticipadas, y tener el médico más afición a su libertad de vuesa merced que a la vida de su marido. Puedo asegurarle que se vengó de todos con sola la duda en que nos tenía sí se había de morir o quedarse: tanto era el deseo de que se fuese; no porque él faltase, pues siempre faltó, sino porque habiendo imaginado que nos dejaba, fuera desesperación el volverle a verle. Bien creará vuesa merced cuán lejos estaré yo de su

⁴ Lope le recomienda a la viuda que, ya que no puede satisfacer su «secretos gustos» ni con caballeros nobles —altos— ni con iguales en el matrimonio —pues está de luto—, consulte con su «privado», o sea, él mismo, para no pasar «privaciones». Nótese el juego de palabras.

⁵ En contraste con la gentileza y belleza de Marcia, empieza aquí la grotesca descripción del marido (velludo, celoso y tacaño) y el contento que le produce su muerte.

oposición; y así debe creerme el deseo de su bien, libre de interés humano; porque, ¿quién no amará tantas gracias, tanta hermosura y celestial ingenio⁶? Si vuesa merced hace versos, se rinden Laura Terracina, Sapho, Valeria. [...] Si toma en las manos un instrumento, a su divina voz e incomparable destreza, el padre de esta música, Vicente Espinel, se suspendiera atónito. Si escribe un papel, la lengua castellana compite con lo mejor, la pureza del hablar cortesano cobra arrogancia, el donaire igual a la gravedad, y lo grave a la dulzura. Si danza, parece que con el aire se lleva tras sí los ojos, con la disposición las almas, y con los chapines⁷ pisa los deseos. Mas ¿cómo soy yo tan atrevido, que donde todo es milagro ponga lunares con mi rudeza y, como mal pintor, desacredite el original con la imperfección de mi retrato? Vuesa merced repare en mis deseos, de quien sacará mejor lo que no acierto a decir, que lo puede preguntar al espejo; perdonará a mi pluma, y en el del alma retratará más vivo su entendimiento. Dios guarde a vuesa merced.

Su capellán, y aficionado servidor,
LOPE DE VEGA CARPIO

⁶ Tras la descripción anterior de la belleza física de Marta de Nevares, corresponde ahora, suponemos que con cierta idealización, la intelectual: cita a diversas poetas para destacar su maestría en los versos; a Vicente Espinel para elogiar su destreza musical; concluye ensalzando la pureza y donaire con que usa la lengua y su habilidad en la danza.

⁷ *chapines*: calzado femenino con plataforma que podía alcanzar un palmo de altura; se utilizaba para estilizar la figura y proteger los vestidos del barro. Su uso era criticado por los moralistas de la época.

FIGURAS DE LA COMEDIA

LUCENCIO, viejo.

LEONARDA, viuda moza.

JULIA, criada suya.

URBÁN, escudero suyo, mozo.

CAMILO, galán.

FLORO, criado suyo.

CELIA, dama.

OTÓN, galán.

VALERIO, galán.

LISANDRO, galán.

ROSANO, cortesano.

UN ESCRIBANO.

UN ALGUACIL.

CRIADOS.

ACTO PRIMERO

{Escena 1}

Sale LEONARDA viuda, con un libro, y JULIA, su criada.

- LEONARDA. ¡Celia! ¡Julia! ¿No me oís?
 JULIA. Señora...
 LEONARDA. Loca, ¿en qué andas?
 JULIA. Ya vengo a ver lo que mandas.
 LEONARDA. Guárdame ese fray Lüis.
 JULIA. Viéndote en esos traspasos¹, 5
 no será mucha lisonja
 apostar que de ser monja
 no has estado dos mil pasos;
 aunque, como me nombrabas
 a fray Luis cuando salí, 10
 en verdad que colegí²
 que todo un fraile me dabas.
 LEONARDA. No son para tu rudeza,
 necia, razones tan altas.
 JULIA. ¡Qué mal encubrí las faltas 15
 que me dio naturaleza!,

¹ *traspasos*: tormentos, aflicciones.² *colegí*: deduje, inferí.

	que, al no tener hermosura, no añadido la discreción.	
LEONARDA.	Basta una buena razón y una honrada compostura, Julia, en cualquiera mujer; que si de aguda se precia, está muy cerca de necia y aun de venirse a perder. ³	20
	Yo, después que me faltó mi Camilo, que Dios tiene, que [a] hacer el oficio viene del alma que me llevó, como he dado en no casarme, leo por entretenerme, no por bachillera ⁴ hacerme, y de aguda graduarme; que a quien su buena opinión encierra en silencio tal, no halla en los libros mal.	25 30
	Gustosa conversación es cualquier libro discreto, que si cansa, de hablar deja; es amigo que aconseja y reprehende en secreto.	35
	Al fin, después que los leo	40

³ Se expone aquí lo que se pensaba sobre la instrucción de la mujer: la hermosa tiende a ser ignorante, loca y vana mientras que solo las feas eran cultas y entendidas, *discretas*.

⁴ Frente al prestigio que comportaba el título de «bachiller» en el hombre, en femenino tenía connotaciones negativas.

y trato de devoción,
de alguna imaginación
voy castigando el deseo.

JULIA. Y ¿en qué materia leías? 45

LEONARDA. De oración.

JULIA. ¿Quién no se goza
de ver que, tan bella moza,
tan santas costumbres crías?
¿ver hablar en la ciudad
de tu mucho encerramiento, 50
cordura y entendimiento,
fama, honor y honestidad?
Dicen que el Siglo Dorado
nuevo estado ahora toma;
que has hecho a Valencia Roma⁵, 55
y presente lo pasado;
que en ti se encierra y anida
todo el bien que tiene el suelo,
y que eres ángel del cielo
en hermosura y en vida. 60
Los mozos están de forma,
que nadie a verte se atreve,
porque no hay quien no se eleve
si de tu vida se informa.

⁵ Atención a las réplicas cargadas de ironía de Julia; en estos versos alude a que el honor y honestidad de su ama reviven el ideal del siglo dorado y convierten a Valencia en Roma, alusión tópica en la época, por considerarse legendaria la honestidad de las matronas romanas.

LEONARDA.	De todo, Julia querida,	65
	se sirva Dios; que esa fama	
	es de estopa ⁶ fácil llama:	
	antes muerta que encendida.	
	No procuro ser nombrada,	
	ni comer, como Artemisa ⁷ ,	70
	las cenizas que ya pisa	
	la muerte con planta helada;	
	ni ser la que el nombre	
	toma de que de antojo murió,	
	porque a ver no se asomó	75
	el monstruo que entró por Roma;	
	ni la que con el carbón	
	pintó la sombra al marido,	
	que tuvo, en siendo partido,	
	en igual veneración.	80

⁶ *estopa*: parte gruesa del cáñamo o el lino, o tela que se fabrica con sus fibras (fácilmente inflamable). Ya se plantea aquí la fragilidad de este concepto, lo fácil y rápido de su destrucción.

⁷ Leonarda se distancia en estos versos de los ejemplos que ofrecen algunas mujeres consideradas virtuosas por la fidelidad extrema al marido ; así, Artemisa, mujer de Mausolo: la muerte de éste le produjo tal dolor que se fue bebiendo poco a poco sus cenizas y le erigió uno de los más bellos monumentos sepulcrales, el Mausoleo, considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo; o la mujer de un cónsul romano, tan recogida que no se asomaba siquiera a las ventanas: un día, estando embarazada, se exhibía por las calles un monstruo egipcio y al reprimir el antojo de verlo, murió.

Quiero ser una mujer
que, como es razón, acuda
al título de viuda,
pues a nadie he menester.

JULIA. ¿Que, en fin, no te casarás? 85

LEONARDA. ¡Jesús!, Julia, no lo nombres.
Asco me ponen los hombres;
no me los nombres jamás.
Tráeme la imagen acá
que compré de aquel pintor.

JULIA. ¿Pedirle quieres favor? 90

Tentaciones te dan ya.
LEONARDA. Calla, necia; que la quiero
solamente para vella.

JULIA. Y ¿cómo diste por ella 95
tanta suma de dinero?

LEONARDA. Por el pincel que le dan,
que el dueño me satisfizo;
que allá en la corte la hizo
un famoso catalán.

JULIA. Voy. 100

Se va.

{Escena 2}

LEONARDA. No hay ya de qué tratar
que servir a Dios no sea.
Bien aquí la vida emplea
quien ve lo que ha de durar.
Terror es que, perseguida, 105
en esta edad guarde un muerto,
fe tan cierta, amor tan cierto,

verdad viva y casta vida.
 Pero en la dificultad
 escriben que está la gloria, 110
 y eso se llama victoria,
 resistir la voluntad.
 Dejadme aquí, pensamientos;
 no hay más, no me he de casar.

Sale JULIA.
 {Escena 3}

JULIA. Aún no le acertaba a hallar. 115
 LEONARDA. (Resistid, castos intentos.)⁸
 JULIA. Vesle aquí.
 LEONARDA. (Cubra mi olvido
 las vanidades que dejo.)

Le da un espejo.

¿Qué es esto, necia? ¡El espejo
 por la imagen me has traído! 120
 Toma.
 JULIA. Acábate de ver,
 verás lo que has de llorar,
 no lo pudiendo cobrar,
 si aquí lo dejas perder.
 LEONARDA. Toma allá.

⁸ En toda la comedia, los apartes se marcan entre paréntesis.

{Escena 4}

Sale LUCENCIO, *tío de* LEONARDA.

LUCENCIO. No se le⁹ des, 125
 pues quiso Dios que viniese
 a tiempo que verte viese,
 tú, que a ti ni a nadie ves.
 ¿Qué milagro, di, sobrina,
 es este de hallarte así? 130

LEONARDA. (Si hoy no me vengo de ti...
 JULIA. Pues ¿vile yo entrar?)
 LEONARDA. Camina.

Se va JULIA.

LUCENCIO. Bien tendrán canas de un viejo
 con tu edad autoridad.

LEONARDA. Juzgarás a liviandad 135
 hallarme con el espejo;
 que suele ser conocida
 la mucha de una mujer
 en irse y venirse a ver,
 después de una vez vestida. 140
 Y yo, conforme a mi estado,
 hago en eso más delito.

LUCENCIO. A enojo siempre me incito
 con tu melindre¹⁰ extremado.
 ¿Es mucho que una mujer 145

⁹ Leísmo, propio del habla madrileña; es rasgo de toda la obra. En esta edición se corrigen en adelante solo los de aceptabilidad menor.

¹⁰ *melindre*: delicadeza afectada y excesiva en palabras, acciones o ademanes.

que ha de estar un día compuesta,
 vaya a ver si está bien puesta
 la toca o el alfiler?
 ¿Quién se lo dirá mejor,
 si está bien o si está mal, 150
 que ese palmo de cristal?
 LEONARDA. ¡Cómo disculpas mi error!
 LUCENCIO. Eso fuera, a ser de aquellas
 que junto a las celosías
 hacen colgar muchos días 155
 su espejo, o en medio de ellas;
 y así como están hablando
 por de fuera a su galán,
 el habla y meneos van
 en el espejo mirando; 160
 y el necio a quien satisface
 por sí lo entiende y se admira;
 y es el espejo a quien mira,
 a quien la fiesta se hace.
 No eres tú la que le lleva 165
 a la iglesia y al sermón
 y, fingiendo devoción,
 se mira cuando se eleva.
 Ni al beber haces agravio
 con pico de aguamanil¹¹, 170
 porque la color sutil
 no se despegue del labio.
 No te quiero decir cosas,
 que a un viejo parecen mal,

¹¹ *aguamanil*: jarro con pico para echar agua en la palangana o pila donde se lavan las manos.

	de esta regla universal de feas y melindrosas. Mírate, y te guarde Dios; y pues que he venido a verte cuanto tú te has visto, advierte y estemos solos los dos.	175 180
LEONARDA.	Tío, si es de casamiento, ni se miente ni se hable.	
LUCENCIO.	¡Que has de ser tan intratable, con tan buen entendimiento! ¿Escucharme no merezco? ¿Dónde un viejo honrado hablara que, siéndolo, no escuchara cualquier hombre?	185
LEONARDA.	(Hoy me enflaquezco.) Si yo sé lo que me quieres, ¿por qué he de dejar cansarte?	190
LUCENCIO.	¿Que has de ser en esta parte igual a tantas mujeres? ¿Qué pertinacia es la tuya? ¿Piensas que estas cosas son para tu buena opinión? Son para que se destruya. ¿Cómo piensas conservarte, ya que tan resuelta vienes, en el estado que tienes tantos años sin casarte? Es verdad que te han quedado tres mil ducados de renta; pero yo no pongo en cuenta lo que es vivir descansado —que si esto te faltara,	195 200 205

gracias a Dios que me sobra—,
 pero el verte empezar obra
 de acabarse bien tan cara.
 ¿Adónde te esconderás
 de la envidia y vulgo vil 210
 aunque en un año y en mil
 no salgas de donde estás?
 Que con sol abras tu puerta
 y cierres a la oración,
 que los que más linceos son 215
 no vean ventana abierta;
 que un átomo, que el sol mismo
 no entre en casa tan rara,
 por sí oscura, y por ti clara,
 cielo en parte, en parte abismo; 220
 que tengas dragones y Argos¹²
 más que vellocino y fruta.
 ¿Qué importa? La envidia astuta
 tiene lengua y ojos largos.
 Dirán que con el esclavo 225
 que dentro de casa tienes,
 a ser Angélica¹³ vienes,
 soberbia e infame al cabo;
 y ofendido tu decoro,

¹² *dragones... fruta*: Lucencio expone a su sobrina, para que esté prevenida de lo que le puede pasar a ella, casos de guardianes mitológicos que perdieron lo que custodiaban; como Argos, el monstruo de cien ojos encargado por Juno de cuidar a Ío.

¹³ Angélica, la protagonista de *Orlando Furioso* de L. Ariosto, tras rechazar a pretendientes ilustres se enamora de un pobre soldado sarraceno, Medoro.

	mil que seguido te han,	230
	a Júpiter cisne harán,	
	o por dicha, lluvia de oro.	
	¿Cuánto es mejor que te cases,	
	y estas malicias escuses ¹⁴ ?	
LEONARDA.	Ya no habrá de qué me acuses,	235
	si no es que adelante pases.	
	No dirás que no te oí.	
	Dime, Lucencio, ¿es mejor	
	a peligro de un error	
	poner mi vida por ti?	240
	¿A este daño me acomodas,	
	si todos los que han escrito	
	han reprehendido infinito	
	siempre las segundas bodas?	
	La viudez casta y segura,	245
	¿no es de todos alabada?	
	Si es de la envidia infamada,	
	este engaño poco dura;	
	que al fin vence la verdad	
	y vuela la buena fama,	250
	que es fénis que de su llama	
	nace para nueva edad.	
	¡No, sino venga un mancebo	
	de estos de ahora, de alcorza ¹⁵ ,	

¹⁴ *escuses*: ocultes, escondas.

¹⁵ *alcorza*: pasta blanca de azúcar con la que se recubren dulces o se hacen figuritas. Figuradamente, delicadeza, blandura, afe-minación. Se inicia aquí la descripción de los galanes de la época, a la moda, presu-midos, preocupados tan solo por la aparien-cia.

con el sombrero a orza, 255
pluma corta, cordón nuevo,
cuello abierto muy parejo,
puños a lo veneciano,
lo de fuera limpio y sano,
lo de dentro sucio y viejo!; 260
¡botas justas, sin podellas
descalzar en todo un mes,
las calzas hasta los pies,
el bigote a las estrellas;
jaboncillos y copete, 265
cadena falsa que asombre,
guantes de ámbar, y grande hombre
de un soneto y un billete;
y con sus manos lavadas
los tres mil de renta pesque, 270
con que un poco se refresque
entre sábanas delgadas;
y pasados ocho días,
se vaya a ver forasteras,
o en amistades primeras 275
vuelva a deshacer las mías!
Vendrá tarde; yo estaré
celosa; dará mi hacienda;
comenzará la contienda
de esto de si fue o no fue. 280
Yo esconderé y él dará;
buscará deudas por mí;
entrará justicia aquí;
voces y aun coces habrá.
No habrá noche, no habrá día, 285
que la casa no alborote:

«—Daca la carta de dote.
 —Soltad la hacienda, que es mía.
 —Entrad en esta escritura.
 —No quiero. —¡Ah, sí! ¿No queréis? 290
 Yo os haré, infame, que entréis,
 si el brío de ahora os dura».
 Y que mientras más me postro,
 me haga muy más apriesa
 de dos títulos condesa, 295
 Concentaina y Puñoenrostro¹⁶.
 Yo he dicho.

LUCENCIO. Acabado has
 como oración en latín.
 LEONARDA. Latín pudo ser el fin;
 mas romance lo demás. 300
 Esto propuse aquel día,
 y a ser varonil mujer,
 brasas había de comer,
 y abrasar alma tan fría.
 LUCENCIO. Sobrina, aquí se acabó. 305
 Desde aquí doy a los vientos
 todos cuantos casamientos
 me han hablado y busco yo;
 que tres a escoger traía,
 y ya solo he de pedir 310
 que no demos qué decir
 de tu edad ni de la mía.

¹⁶ Con el juego de palabras de estos dos títulos nobiliarios concluye cómicamente su evocación de la convivencia matrimonial: engañada con otras mujeres, con su hacienda despilfarrada, y aguantando violencias y juicios.